

Ruperto y los extraterrestres

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier





www.loqueleo.santillana.com

© 2005, ROY BEROCAY

© De la edición: 2005, EDICIONES SANTILLANA, S. A.

Constitución 1889 Tel.: 402 73 42 11800 Montevideo - Uruguay

© 2008, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4402-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: DANIEL SOULIER

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Berocay, Roy

Ruperto y los extraterrestres / Roy Berocay ; ilustrado por Daniel Soulier. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4402-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Soulier, Daniel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Ruperto

y los extraterrestres

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleg

*En orden de llegada:
para Maia, Mateo,
Martín, Taína,
Rodrigo y Federico.*

El arroyo Solís Chico es un lugar pacífico la mayor parte del año. Durante el otoño, el invierno y la primavera, los bichos que viven en él o en sus orillas —es decir los peces, los cangrejos, los sapos, las ranas, los hipopótamos y todos los demás— viven tranquilos y hacen sus vidas sin que nadie los moleste.

Bueno, no todos: a los hipopótamos les resulta difícil vivir en paz porque no hay ninguno. ¿Qué creían, que el arroyo queda en África acaso?

Pero cuando llega el verano la cosa cambia muchísimo. De pronto, junto con el calor aparece un montón de personas con autos, carpas, parrillas, veintitrés kilos de chorizos, repelente para mosquitos, lentes de sol, toallas, chancletas, abuelas viejas y gruñonas; y claro, también un montón de niños de ciudad. Niños que no están acostumbrados a ver bichos.

—¡Mirá, mamá, un cangrejo! —exclama de pronto una dulce niñita.

—No tengas miedo —le dice la mamá—, no hacen nada.

—¡Matalo, mamá, matalo! —grita entonces la dulce niña; y el cangrejo tiene que correr por su vida, o por la bajada, para salvarse de una lluvia de zapatillazos que la tierna madre le tira para defender a su pobre e inocente niña.

Y eso no es nada. Todos saben que los niños aman a los sapos. Les encanta jugar con ellos, agarrarlos, ponerlos en baldes, obligarlos a jugar carreras de sapos. Pero el verano trae también algunos niños a los que les gusta jugar al fútbol con los sapos.

Eso no tendría nada de malo: los sapos adoran jugar al fútbol. Lo que no les gusta tanto es cuando algún niño decide usarlos como pelota.

Entonces, los sapos también tienen que correr por su vida (o por la misma bajada que el cangrejo) y refugiarse entre los yuyos, hasta que las adorables criaturas deciden perseguir a los pájaros, las lagartijas o simplemente divertirse tirándoles piedras a otros niños.

—¡El verano apesta! —se quejaba más tarde el cangrejo saliendo del agua.

—¡El cangrejo apesta! —se quejaba un sapo, ya que ese cangrejo en particular no se bañaba nunca.

—No seas bobo —le decía el cangrejo, enojado—. Lo que quiero decir es que tenemos que hacer algo, los niños del verano no respetan a los animales.

El sapo, que todavía estaba nervioso y miraba para todos lados por miedo a convertirse en tiro libre al ángulo, pensaba que el cangrejo appestoso tenía razón. Había que hacer algo. ¿Pero qué?

Y claro, cuando los bichos del arroyo tenían un problema, ¿qué hacían? ¿Se quejaban con la maestra? No. ¿Hacían la denuncia a la Jefatura Policial de Sapos? Tampoco, porque no había Jefatura Policial de Sapos.

¿Y entonces?

Bueno, si no podían hacer nada, esta historia terminaba acá y listo.

...

...

¡Un momento! ¡La historia no puede terminar acá porque recién empieza! Además, la gente va a decir que esto es una estafa, que le devuelvan la guita, el dinero, el *money*, porque la historia se terminó antes de empezar.

¿Y entonces?

Está bien, los bichos del arroyo, cuando tenían un problema llamaban al supercrack de los batracios, el recontra promocionado número uno, el sapo más votado en las elecciones para sapos geniales.

Lo siento, no nos estamos refiriendo a Saltoncico sino a otro sapo, uno que es detective, medio gordito, con cara de gil y que usa una gabardina amarilla y un sombrero. O sea... (*música de película*): eeeeeeeeeel saaaaaaapo Roberto. Perdón, Ruperto.

Para quienes ya lo conocen, el sapo Ruperto es el batracio investigador más famoso del arroyo Solís Chico, el mismo que ha resuelto ya un montón de casos impresionantes. Un sapo que habita en una cueva-oficina

—¡Estás desnudo! —rió el cangrejo.

Entonces Ruperto, tapándose con una mano, fue hasta su cuarto, se puso el sombrero y volvió.

—¡Ahora sí! —exclamó contento el cangrejo.

Ruperto bostezó y estiró los brazos. Después se rascó una nalga.

—Bueno. ¿Me van a decir qué quieren a esta hora de la madrugada?

El sapo miedoso y el cangrejo apestoso le explicaron entonces que había unos niños, tres para ser exactos, que andaban por ahí pateando bichos, tirando piedras y escribiendo con faltas de ortografía.

Ruperto no lo podía creer. ¡Niños que escriben con faltas de ortografía! ¡Eso era terrible!

Les prometió a sus amigos que más tarde, después de almorzar, se daría una vueltita para investigar. Que se quedaran tranquilos y que sólo les iba a cobrar la tarifa especial de verano, que era dos moscas y un cascarudo por hora.

Pero varias horas después, ya cansado de dar vueltas por la orilla y por el bosque sin encontrar a esos tres terribles niños malhechores, decidió volver a su cueva.

El sol acababa de ponerse en el horizonte. Menos mal, porque si se hubiese puesto encima del mundo lo habría hecho pomada. Eso era algo que intrigaba a Ruperto. ¿Dónde iba el sol durante la noche? ¿Se hundía en el mar, acaso? ¿Se desinflaba como un enorme globo de fuego? ¿Y cómo hacía después para salir justo por el otro lado?

Ruperto pensaba que el sol estaba de vivo.

Pero ahora era de noche y Ruperto caminaba solito por el bosque al lado del arroyo. Ni cuenta se dio de que unas sombras se movían silenciosamente en la orilla, allí, muy cerca.

Las sombras movían sus brazos mientras unos puntos de luz se dibujaban en el pizarrón nocturno.

Para ustedes, que son medio lentos del coco y no entienden las frases geniales, pizarrón nocturno quiere decir la noche y nada más que eso. No quería decir que alguien, una maestra chiflada, había decidido dar clase en la orilla ni nada de eso. ¡Y dejen de tirar papelitos, ahí en el fondo!

Lo que Ruperto no vio sería motivo para una nueva visita, la mañana siguiente, de sus amigos el cangrejo apestoso y el sapo miedoso.

Porque ellos sí habían visto las sombras y habían descubierto algo increíble, algo impresionante, algo fantástico, algo que merecía muchos adjetivos más.

¿Qué sería?

Si quieren saber, van a tener que seguir leyendo, ¡manga de vagos!



